

## ¿Vale el testimonio de San Efrén en favor de la Inmaculada?

Algunos años después de la definición del dogma de la Inmaculada, publicó el convertido G. Bickell los «Carmina Nisibena» del gran doctor siro S. Efrén (Lipsiae 1866), cánticos cuya autenticidad se apoya en la edad antiquísima de los códices siríacos que los contienen. El mismo editor hizo notar en su diligente introducción (págs. 28-29) la importancia que para el dogma de la Inmaculada revestía la estrofa 8.<sup>a</sup> del Cántico 27. Fué general la acogida de los especialistas católicos que reconocieron en esos versos un testimonio claro de la inmunidad de María del pecado original. Una voz discordante ha sonado hace pocos años. El Dr. L. Hammersberger en su opúsculo «Die Mariologie der ephremischen Schriften» (Innsbruck, 1938) sostiene que no vale para el caso el texto de S. Efrén por la razón potísima de que éste no tenía una idea adecuada del pecado original. Respondí fugazmente a la objeción<sup>1</sup> que ahora me propongo estudiar más despacio.

El cántico 27, como los demás, lo canta la Iglesia de Nísibis lamentándose ante el Señor de las propias miserias. Dice en la estrofa 4.<sup>a</sup>: «¡Cuánto más no te apiadarás, oh Señor, de tu Iglesia tan despreciada que aun los viandantes tuercen su camino para contemplar su ignominia! Te compadeciste de una mujer que pasaba [alude a la hemorroisa] y has despojado a tu esposa.» Mucho hincapié se sigue haciendo en este carácter de esposa para mover a compasión al Señor. «Amame, pues, aunque sea aborrecible, y con tu ejemplo enseña a él a que ame a su esposa» (estrofa 6.<sup>a</sup>). «A Lía, que era aborrecible, tú mismo le hiciste hermosa. Sus ojos eran feos, pero sus niños eran hermosos; en cambio a mí, que soy hermosa, mis hijos me hacen despreciable» (estrofa 7.<sup>a</sup>).

Aquí engarza la famosa estrofa 8.<sup>a</sup>, de la que voy a dar en trans-

---

<sup>1</sup> Cf. *Lo sviluppo della Mariologia nella patrologia orientale*: Orient Christ. Periodica 6 (1940) p. 60.

crípción el texto siríaco: «'nt hu belhud we mok - dmen qui pe'jn 'ntun tbo - dmumo' bok morj la' 'jt - wlo' putmoto' b'mok» (pág. 40, líneas 19-20). He aquí la traducción literal: «Tú solamente y tu madre—bajo todos los aspectos sois buenos (o hermosos)—porque ninguna mancha hay en ti, Señor mío—y ningunas tachas en tu Madre.» Los dos sustantivos «Dmumo» y «Putmoto» vienen a ser sinónimos y significan tanto fealdades corporales (cicatrices, pecas, etc.), como manchas y fealdades morales. El contexto anterior obliga a entender los dos términos en sentido espiritual. Lo mismo se diga de la frase que a continuación se lee: «Mis hijos no se asemejan en nada a esas dos hermosuras.»

Obsérvese la triple y poética antítesis. Lía: madre fea, hijos hermosos. La Iglesia de Nísibis: Madre hermosa, hijos feos. Cristo: Madre e Hijo sumamente hermosos. La alabanza que a éstos se tributa es algo *exclusivo* de ambos. «Sólo» vosotros sois hermosos bajo todos los aspectos: luego no se trata de la limpieza virginal o de un alto grado de perfección asequible a los demás santos. Por otro lado, aquella hermosura completa, aquel estar libres de toda tacha y fealdad espiritual, pertenecen tanto a Cristo como a su Madre, estableciéndose entre ambos una especie de igualdad. Todo este sentido dogmático cabe destilar de las líricas expresiones del poeta.

Que quien excluye *toda* mancha excluya el pecado original, parece a primera vista obvio y por eso los autores citaron esta estrofa de San Efrén como testimonio directo de la Concepción Inmaculada de María. Hammersberger sale al paso con la siguiente observación: «Sólo se puede llamar a un autor proclamador de una doctrina si proclama a *sabiendas* dicha doctrina, si tiene además suficiente conocimiento de las dificultades que encuentra la doctrina y las sabe resolver. Una evidente ignorancia o ideas deficientes sobre un solo punto que interese esencialmente la cuestión, bastan para que a un autor se le dispute justamente el derecho de aparecer como proclamador consciente de la cosa, aunque la exprese de suyo rectamente. Ahora bien; el que de los textos arriba citados pueda o no deducirse que Efrén excluye de María el pecado original, depende del hecho de si él ha reconocido el pecado original como una mancha que afecta al alma desde el nacimiento, o de si en el contexto de las frases citadas se habla de algo que alude a pecado o pecado original cuando se habla de manchas, faltas o inocencias» (op. cit. 57-58). Hay que admitir con el contradictor, que el testimonio de S. Efrén no tendría valor si éste no considerara el pecado original como una mancha o fealdad. Por otra parte, que en el contexto de todo el Cántico se lamenten pecados o fealda-

des espirituales, es fácil verlo. Así en la estrofa 11.<sup>a</sup> pide a sus hijos que «las ovejas no hieran a sus hermanos»; en la 14.<sup>a</sup>, que imiten al Señor y a la Iglesia de Nísibis no llevando a mal los sufrimientos ni airándose contra los perseguidores. Más claramente aún en la estrofa 17.<sup>a</sup> deplora el poeta: «Es asombroso que todo un Dios haya contraído afinidad con vosotros y que vosotros hayáis arrancado de vosotros esa afinidad» (ib., pág. 123).

Lo que ya parece excesivo es exigir que para que el testimonio de S. Efrén valga, es indispensable que su autor tenga ese conocimiento claro del pecado original hasta hacerse cargo de las dificultades que se pueden objetar y de la manera de superarlas. Es de notar que estamos examinando un enunciado *negativo* al que no se le pide tanto conocimiento previo como a la afirmación de una cualidad *positiva*. Un ejemplo servirá para el caso. Si un autor antiguo asegura que un santo de su época no tuvo enfermedad ninguna hasta su vejez, bien se puede ver en esa exclusión general la negación de la enfermedad de la lepra, aunque las nociones contemporáneas sobre esa enfermedad no fueran muy exactas. Basta que para el antiguo biógrafo la lepra fuera una enfermedad. Con parecida lógica podemos establecer el siguiente silogismo: Según S. Efrén, la Virgen SS.<sup>a</sup> estuvo exenta de toda mancha y fealdad; es así que, según S. Efrén, el pecado original es una mancha, o, por lo menos, la trae consigo; luego, según S. Efrén, María estuvo libre del pecado original. Demostrada la mayor en el texto que estudiamos, nos queda por probar la menor.

Dice S. Efrén en su Comentario al «Diatésaron»: «Cum autem ex perditione Adae res creatae humilitatem eius induissent, teste Apostolo: Creaturae subiectae sunt vanitati, Filius Creatoris ad eas sanandas venit, ut in suo adventu *maculas* earum per baptismum mortis suae tolleret»<sup>2</sup>. Creo que en estas frases se dice que esa degradación de las criaturas racionales, consecuencia de la caída de Adán, constituye una mancha que el Señor vino a borrar con su sangre. Todavía más claro es el texto siguiente tomado del comentario a las epístolas de San Pablo: «Quemadmodum primus ille (Adam) seminavit immunditiae peccatum in corpora munda et sepultum est fermentum malitiae in universam massam nostram, sic Dominus noster seminavit iustitiam in corpus peccati, et fermentum eius massam nostram com-

<sup>2</sup> AUCHER-MOESINGER, *Evangelii concordantis expositio facta a S. Ephraemo...* Venetiis 1876, p. 227.

mutavit»<sup>3</sup>. El pecado de Adán es un pecado inmundo que se siembra y queda como fermento corruptor de toda nuestra masa, es decir de toda la humanidad, hasta que viene Jesucristo a transformar la masa mediante su fermento de santidad. A propósito de este pasaje, Hammersberger (op. cit. pág. 63) reconoce que aquel «peccatum immunditiae» podría interpretarse como el pecado original; pero con sobrada sutileza pregunta si Efrén ha pensado, al escribir esas líneas, en la «culpa hereditaria» («Erschuld»). No juzgo necesario alambicar tanto. Basta que S. Efrén reconozca que Adán ha corrompido con un «pecado inmundo» toda la masa, porque decir pecado inmundo es decir tacha y fealdad. Ese fermento de Adán es el que S. Efrén ve en todos desde el seno materno: «He visto a los niños de los justos y a las criaturas de las castas y los he explorado a cada uno desde el seno materno y he visto en ellos nuestro fermento»<sup>4</sup>. En los Himnos para la Epifanía no del todo desconocidos para nuestro contradictor, hallamos expresiones de S. Efrén que son de suma importancia para el estudio de sus ideas sobre el pecado original. Como en aquella fiesta se administraba el bautismo, esto le da pie para cantar sus excelencias y componer sugestivas antítesis entre la obra de Adán y la de las aguas redentoras. Dice así el himno XII, vers. 2: «Cayó el hombre en el Paraíso, pero la misericordia lo puso en pie en el bautismo; perdió su hermosura por la envidia del diablo, pero la recobró por la gracia de Cristo», se entiende, en el bautismo<sup>5</sup>. Si las aguas del bautismo restituyen la hermosura perdida por el pecado del Paraíso, quiere decir que el pecado original es una fealdad, según el Doctor de Edesa. Lo mismo se puede deducir del himno XIII.

Aún cobría establecer otro silogismo partiendo del texto objeto de nuestro estudio. Según S. Efrén, la Virgen SS.<sup>a</sup> coincide con Jesucristo en la exclusión de toda mancha; ésta mayor resulta clara en aquellas frases. Es así que Jesucristo, según S. Efrén, estuvo libre de la mancha del pecado original, luego según el Doctor sirio, María SS.<sup>a</sup> coincide con su Hijo en verse libre de la mancha del pecado original. No es difícil hallar citas para probar la menor. «Christus baptizatus est in iustitia quia sine peccato erat, sed ipse baptizavit in gratia, quia reliqui homines peccatores erant»<sup>6</sup>. Recuérdese el texto arriba citado, se-

<sup>3</sup> MECHITARISTAE, *Ephraemi Syri commentarii in epistolas D. Pauli, Venetiis* 1893 p. 14.

<sup>4</sup> *Carmina Nisibena*, cánt. 35, estr. 12.<sup>a</sup>, ed. G. Bickell, p. 144.

<sup>5</sup> TH. LAMY, *S. Ephraemi Syri hymni et sermones*, vol. I, Mechiliniac 1882, col. 107.

<sup>6</sup> *Comentario al Diatésaron*, ed. cit., p. 42.

gún el cual el Señor, con su fermento, purificó la masa corrompida por el pecado. El mismo cuerpo mortal de Cristo estuvo exento de enfermedades <sup>7</sup> y de los desequilibrios o «perturbaciones, quas Adamus postea induerat... Dominus igitur naturam, cuius sanitas perierat, sanam induit, ut homo per sanam Domini naturam sanitatem primae suae naturae recuperaret» <sup>8</sup>. En el himno X para la Epifanía, hay estrofas elocuentes que ponen de realce la inocencia del Señor, quien sólo por humildad quiso ser bautizado. «Haec causa—el pecado de Adán—impulit purissimum Dominum ut ipse veniret baptismum cum impuris peccatoribus suscepturus... Qui omnes mundat communi omnium baptismo ablui volens descendit in aquas, easque ad nostrum baptismum sanctificavit» <sup>9</sup>. «Eius—de Cristo—conceptio nobis thesaurus est benedictionum» (ib.). «Si autem ille qui ceteros purificat baptizatus est, quis est qui baptismo non indigeat? Venit enim qui gratia est ad baptismum ut ablueret sordidas nostras plagas» <sup>10</sup>. Este texto sirve también muy oportunamente para el primer silogismo, ya que las «sórdidas llagas» sanadas por el bautismo aluden sobre todo al pecado original.

Si cuanto llevamos dicho tiene valor, según el método general de la hermenéutica, aún cobra nuevo relieve si, según el criterio católico, consideramos a S. Efrén como *testigo de la Tradición*. Tal como él la ha captado, la Tradición cristiana enseñaba ya en su tiempo que María, al par del Señor, se vió libre de toda fealdad y mancha espiritual. Esa misma Tradición, conforme al testimonio del Doctor edeseno, pintaba el pecado de Adán como una mancha inmunda y corruptora que había invadido toda la masa de la humanidad, mancha que Jesucristo lava con las aguas de su Bautismo y con el derramamiento de su sangre. Eso contenía la Tradición y eso nos basta para citar el texto de S. Efrén como testimonio *directo y formal* de la Inmaculada Concepción de María. Como en otros casos similares, no es necesario que el contenido de esa Tradición en aquellos remotos siglos fuera perfectamente conocido e ilustrado en todos sus detalles como pudo serlo tras una labor de seculares estudios teológicos.

Sólo ahora me parece oportuno añadir otros textos de S. Efrén, menos señalados que el anterior, pero que le suman fuerza y claridad.

«Dos inocentes, dos sencillas, María y Eva, fueron puestas a la

<sup>7</sup> Cf., *ibid.* p. 48.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 2.

<sup>9</sup> Ed. LAMY, *op. cit.* I, col. 97.

<sup>10</sup> *Ib.*, col. 101.

par: una (fué) causa de nuestra muerte; la otra, de nuestra vida»<sup>11</sup>. La igualdad y el contraste entre María y Eva, son significativas. Las dos comienzan siendo *a la par* inocentes y sencillas, lo que parece implicar algo más que la virginidad común a ambas. Pero luego se colocan en dos polos opuestos. María contrasta y neutraliza la obra mortal de Eva; ello requiere que María no pertenezca a la zona de influjo de Eva, es decir, que sea inmune del pecado original. El mismo contraste se declara con trazos vigorosos en el sermón «De Domino nostro»<sup>12</sup>: «Eva, madre de todos los vivos, fué fuente de muerte para todos los vivos. Pero floreció María, nueva vid en vez de la vid antigua, Eva, y habitó en ella la nueva vida, Cristo, para que cuando la muerte al pastar [se la figura como una serpiente] se acercase confiada como de costumbre, se escondiera en el fruto mortal la vida destructora de la muerte.» En uno de los himnos de Navidad se canta, siempre sobre el mismo motivo: «El pie de María aplastó al que aplastó a Eva con su talón»<sup>13</sup>, clara alusión al Protoevangelio, que, como se manifiesta en estos textos, habla, según S. Efrén, de María Santísima.

Al cabo de estas breves páginas, creo disuelto el escrúpulo exegético que ha impedido a unos pocos el ver en el texto de S. Efrén un claro testimonio, formal y directo, de la Inmaculada Concepción de María.

Con razón Pío XII, en su Breve «Fulgens Corona», que proclama el Año Mariano, ha citado con todos los honores el testimonio de San Efrén.

I. ORTIZ DE URBINA, S. I.

*Pont. Instituto Oriental. Roma.*

<sup>11</sup> Ed. ASSEMANI, Op. Syr. II, Romae 1740, p. 327A. Aquí Hammersberger, al traducir el texto siríaco (op. cit. 57), incluye un «Später jedoch», que no está en el original.

<sup>12</sup> Ed. TH. LAMY, I, 153-55.

<sup>13</sup> Ed. TH. LAMY, II, 455-57: Casi idéntica expresión en el Coment. al Diatésaron, ed. Aucher-Moelsing, p. 117.